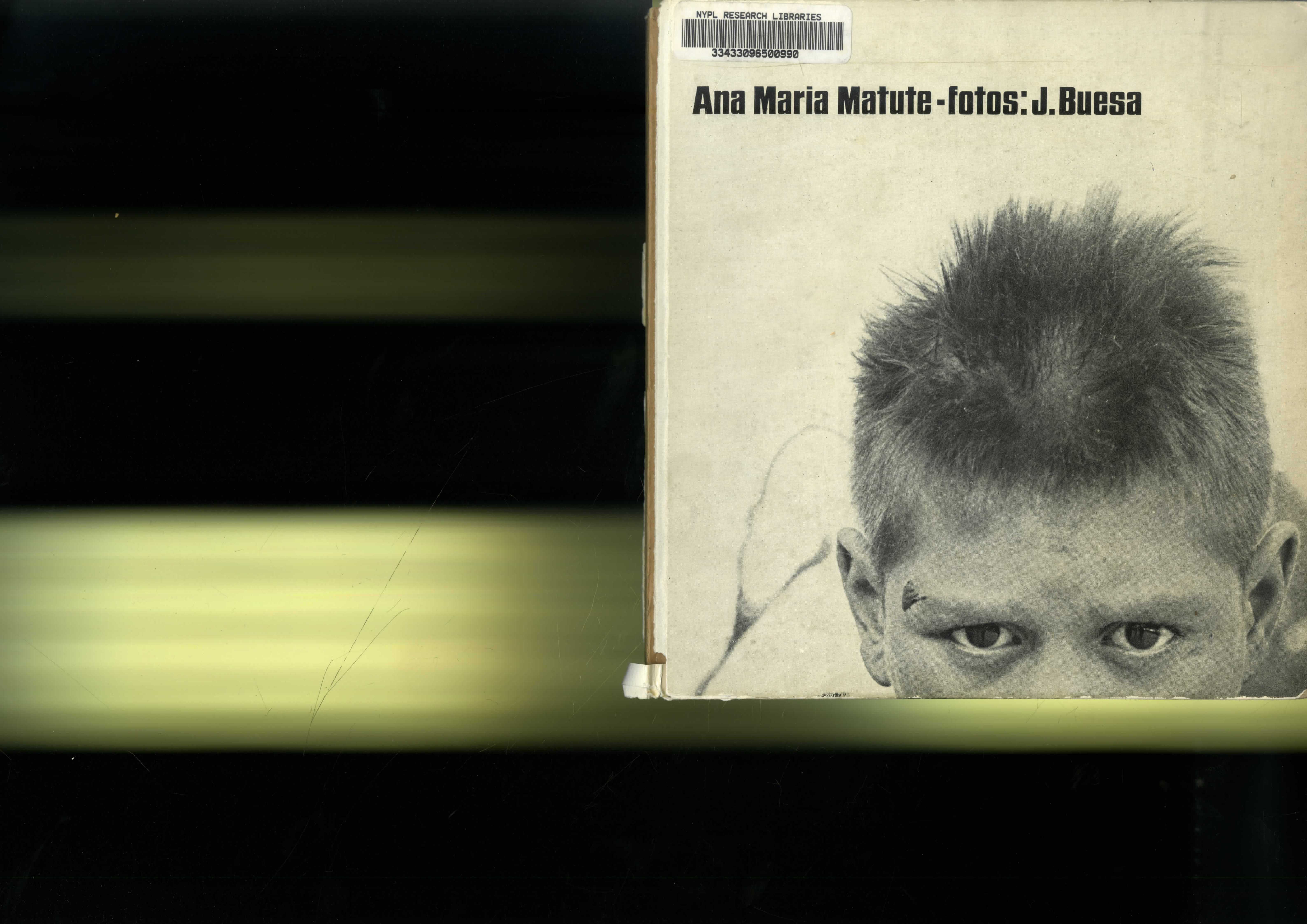


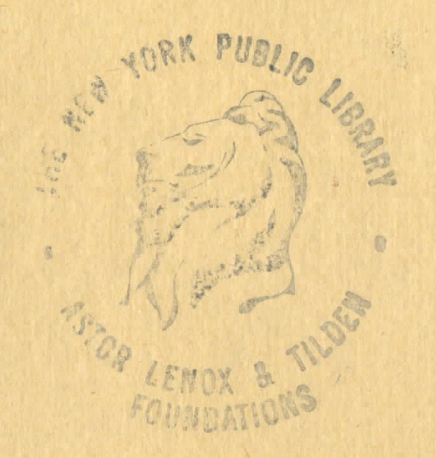
NYPL RESEARCH LIBRARIES
33433096500990
Ana Maria Matute - fotos: J. Buesa



LIBRO DE JUEGOS PARA LOS NIÑOS DE LOS OTROS

ANA MARIA MATUTE - FOTOS: JAIME BUESA

BARCELONA - EDITORIAL LUMEN - AÑO 1961



 Depósito Legal. - B. 13 518 N.º Registro 1789 - 61

LOS NIÑOS DE LOS OTROS



1

Los otros no nos gustan. Los niños de los otros no nos gustan. No son niños, no saben poner su mano en los cristales sin dejar huellas como de caracol. Son niños sin cara, sin orejas, sin labios. Tienen las manos llenas de piedras dañinas, y entre los dientes palabras que escupen, que caen comisuras abajo, como saliva. No nos gustan los niños de los otros, porque no son niños: niños como los nuestros. No nos gusta oírles, porque sus voces no son como las nuestras. No nos gusta mirarles, porque no queremos verles los ojos.

2

Deberíamos cerrar los parques, los jardines, las estaciones, los bares, los andenes, hasta las playas con su arena fina, en los meses de verano. Esto es: en los meses de junio, julio, agosto, y parte de septiembre. Deberíamos vallar nuestras vacaciones, nuestros paseos y los preciosos juegos de los niños nuestros. Para que no irrumpan, rompan, cisquen, los niños de los otros. Para que no oigan las orejas rosadas de los niños frotados con jabón y esponja, la horrible y gran blasfemia de la voz, los gritos, los dientes, de los niños de los otros. Para que no lleguen sus piedras negras y brillantes (verdaderas piedras de quemar), a romper

los Mercedes, los Jeeps, los Pegasos diminutos con marcha hacia delante y hacia atrás, que hacen rodar nuestros niños. Deberíamos bordar un largo cinturón de guardias, de soldados, alrededor de nuestros parques, para que no vengan los niños de los otros a orinarse en la arena de oro, donde se hunden las manos de los niños verdaderos. Deberíamos inventar más leyes, órdenes, castigos, para guardar la inocencia, la sonrisa. Que allá queden, al otro lado de los guardias, de los letreros que prohiben tocar las flores y el agua, los sucios juegos sin juguetes, los orines, los dientes cariados: los niños de los otros.

2

Deberíamos cerrar los parques, los jardines, las estaciones, los bares, los andenes, hasta las playas con su arena fina, en los meses de verano. Esto es: en los meses de junio, julio, agosto, y parte de septiembre. Deberíamos vallar nuestras vacaciones, nuestros paseos y los preciosos juegos de los niños nuestros. Para que no irrumpan, rompan, cisquen, los niños de los otros. Para que no oigan las orejas rosadas de los niños frotados con jabón y esponja, la horrible y gran blasfemia de la voz, los gritos, los dientes, de los niños de los otros. Para que no lleguen sus piedras negras y brillantes (verdaderas piedras de quemar), a romper

los Mercedes, los Jeeps, los Pegasos diminutos con marcha hacia delante y hacia atrás, que hacen rodar nuestros niños. Deberíamos bordar un largo cinturón de guardias, de soldados, alrededor de nuestros parques, para que no vengan los niños de los otros a orinarse en la arena de oro, donde se hunden las manos de los niños verdaderos. Deberíamos inventar más leyes, órdenes, castigos, para guardar la inocencia, la sonrisa. Que allá queden, al otro lado de los guardias, de los letreros que prohiben tocar las flores y el agua, los sucios juegos sin juguetes, los orines, los dientes cariados: los niños de los otros.

NOSOTROS



1

Nosotros somos los niños de los otros. No sabemos si niños, porque muchas veces oímos en la calle, en el campo, en el grande solar lleno de calvas, que ya estamos crecidos. Somos eso: sólo nosotros.

Nosotros no lloramos nunca. Tampoco tenemos alegrías blandas como miga de pan, como tripas calientes de ratón. No necesitamos cosas: está prohibido. Tenemos o no tenemos. Nadie nos pregunta, nadie nos pide nada, como no sea que vayamos detrás, arreando el paso, cargando algo encima, o ayudando. Porque oímos siempre, a alguien, a algo, (a eso que sabemos desde hace tanto tiempo, encima de nuestras cabezas): que ya no somos niños. Que ya estamos crecidos. Somos eso: nosotros.

2

Pero nosotros hemos inventado juegos: juegos que duran hasta la edad de la fábrica o los recados de la tienda, hasta que las siete de la mañana son como un poste, y las ocho horas de trabajo un tiempo cerrado. Hemos inventado juegos del otro lado de la valla, del otro lado de la puerta, del otro lado del jardín, del otro lado de la casa, del otro lado de los árboles, del mar, del río. Nosotros tenemos juegos pequeños o grandes, como puede serlo una noche, o una hora, o un camino sólo para carros.

Tenemos juegos para todo tiempo: abrigados juegos de invierno y frescos juegos para los días de calor. Tenemos juegos para salir corriendo, porque siempre hay alguien dispuesto a medirnos las costillas. Tenemos juegos para inventar enfermedades, si alguna vez viene a picarnos la avispa triste. Pero estos juegos de las enfermedades no salen bien: excepto cuando la enfermedad es cierta y nos abrigan, y se nos acercan, y nos hablan. A veces, acaba en una caja blanca, pagada por la Mutua. Si no, no salen bien. Porque hay que ir al trabajo, a la ayuda, o a esconderse un rato tras aquella tapia, donde es seguro que aprieta siempre el sol y se pueden matar ejércitos de hormigas.

JUEGOS PARA LOS NIÑOS DE LOS OTROS

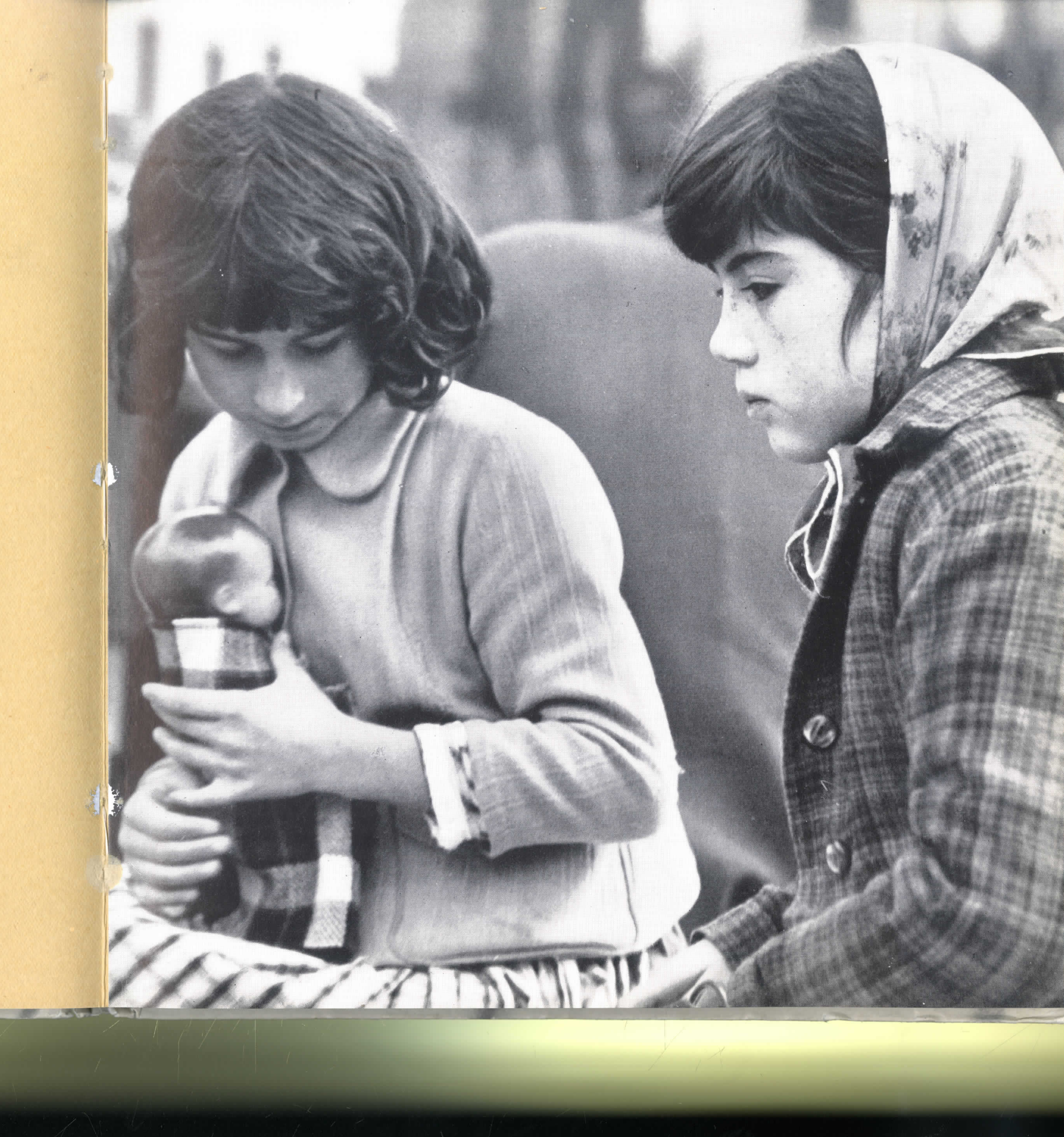


1

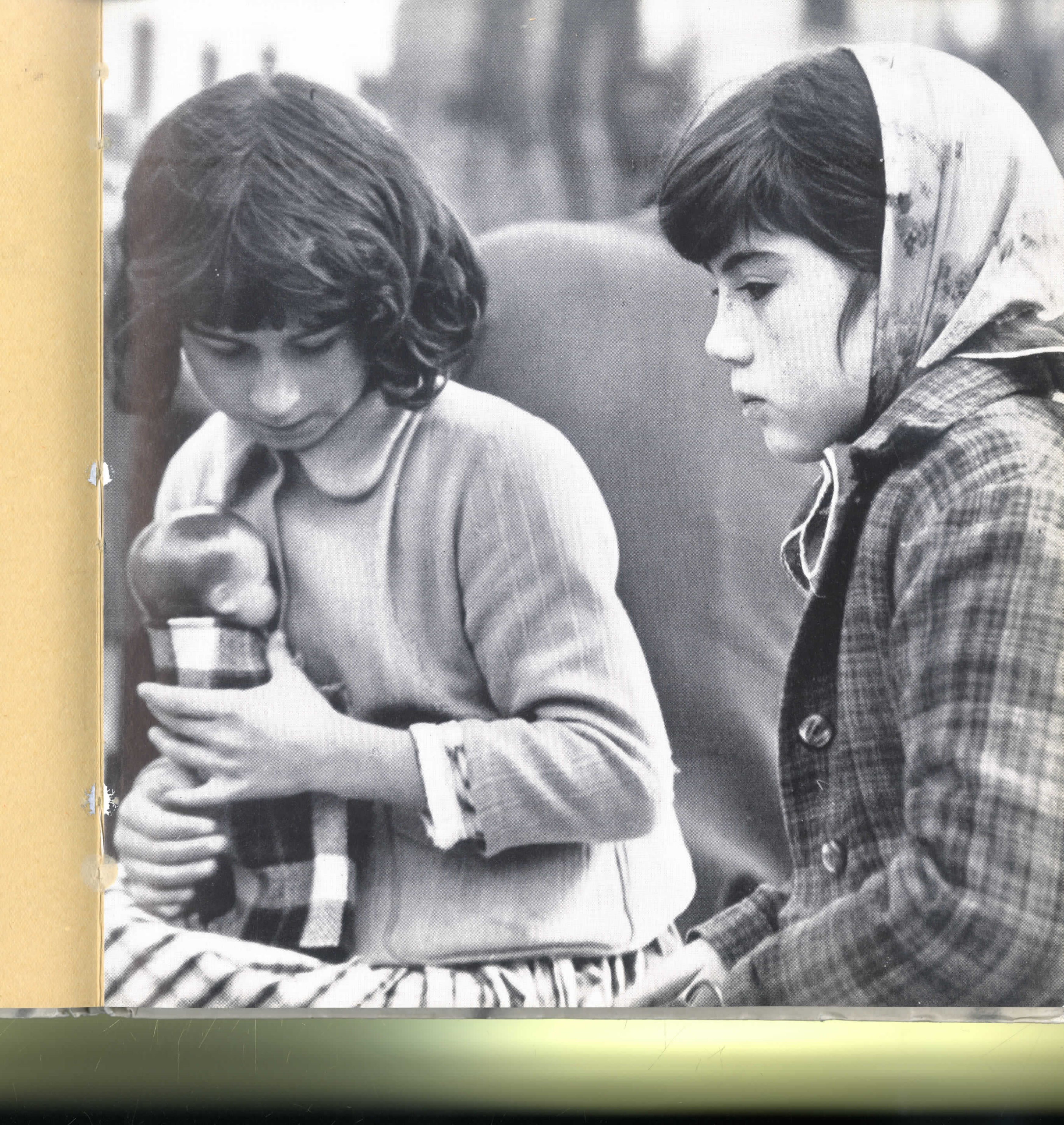
JUEGO DE LA PIEDRA PARA LOS DIAS DE GRAN CALOR

Tenemos un juego de la piedra, para los días que es precioso escapar. Para esos días húmedos, llenos de sol, que hacen brillar el polvo, las esquinas meadas, y el zumbido de las moscas. Tenemos un juego de la piedra, para esos días de sol luciente en mitad de ese cielo que siempre está ahí encima. Ese día que nadie ha cobrado todavía; que está vacía la botella de aceite y el pan duro, porque es de ayer o de anteayer, y nadie fía. Tenemos un juego de la piedra, para huir de quien nos trajo al mundo, y está rabioso y dolido, de vernos ahí enfrente, ya crecidos, demasiado crecidos, y nadie nos da trabajo todavía, y seguimos viviendo,

y creciendo, con nuestras piernas y oscuros brazos, con nuestras redondas cabezas rientes, tercas. Un juego de la piedra, para ese día, que suele ser domingo, y nadie tiene nada, ni dinero, ni aceite, ni trabajo, ni amor. Tenemos un juego de la piedra, para esos días que todo falta y sobra, con el sol de la primera tarde levantando humo gris de los charcos quemados. Este bonito juego de la piedra se tiene que jugar con la espalda marcada, o la nariz sangrando, o el corazón hundido en un pozo pequeño que se lleva escondido, quizás en el estómago, quizás aquí, en el vientre. Porque el domingo no está para nosotros, como no sea en lo quieto, y en lo triste.



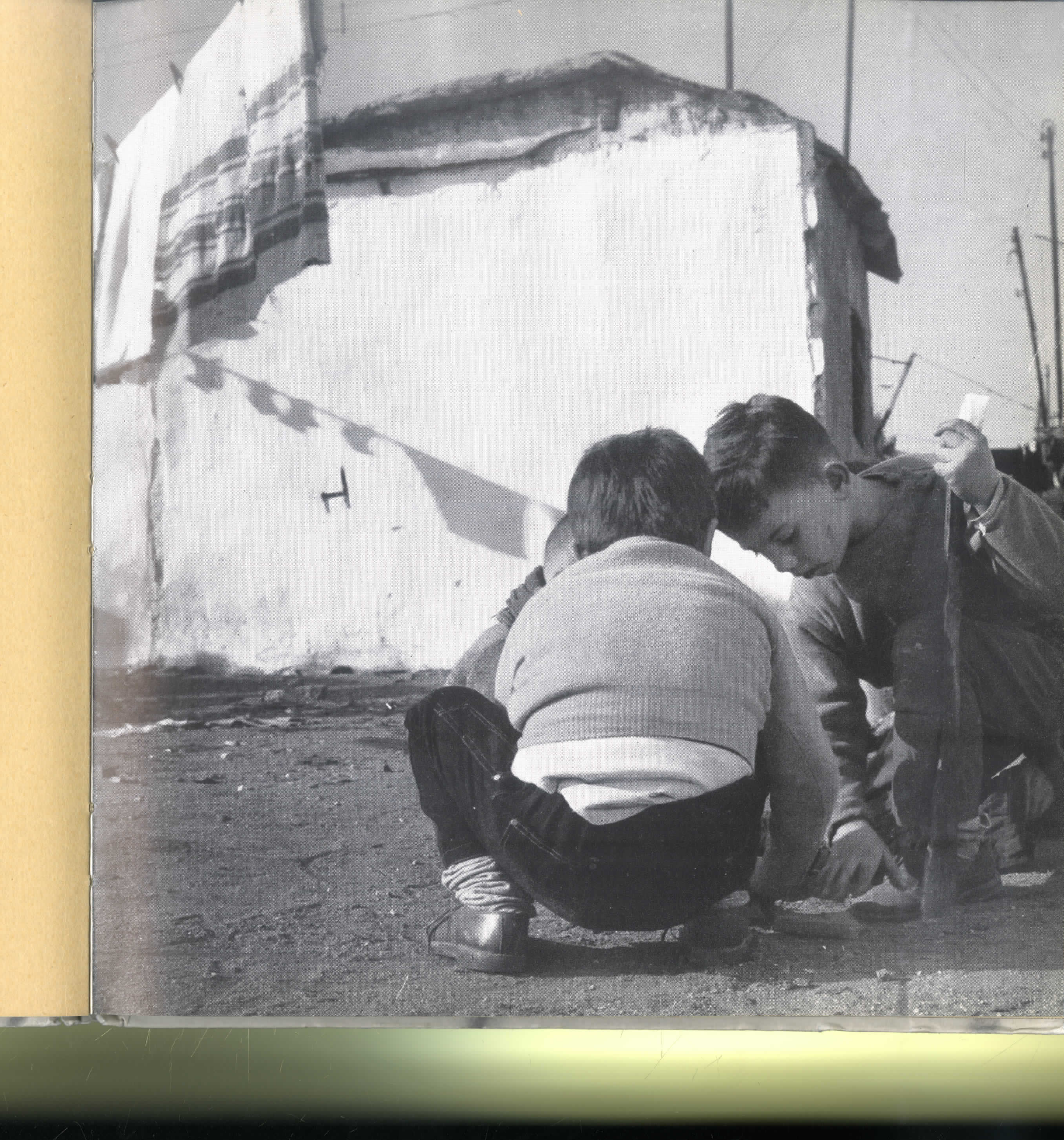
y creciendo, con nuestras piernas y oscuros brazos, con nuestras redondas cabezas rientes, tercas. Un juego de la piedra, para ese día, que suele ser domingo, y nadie tiene nada, ni dinero, ni aceite, ni trabajo, ni amor. Tenemos un juego de la piedra, para esos días que todo falta y sobra, con el sol de la primera tarde levantando humo gris de los charcos quemados. Este bonito juego de la piedra se tiene que jugar con la espalda marcada, o la nariz sangrando, o el corazón hundido en un pozo pequeño que se lleva escondido, quizás en el estómago, quizás aquí, en el vientre. Porque el domingo no está para nosotros, como no sea en lo quieto, y en lo triste.



2 EL JUEGO DE LA CATEQUESIS

A veces, según qué días, según qué tiempo, según qué color tienen los ojos que quieren olvidarnos, vamos a la catequesis. La catequesis es sábado, o jueves por la tarde. Se ve cine. Se ven carreras de caballos, disparos, humo, polvo. Se conoce que hay tierras con montañas, y ríos, y gente que se ríe porque ha contado un chiste el sherif. Nos gusta mucho ver cómo mueren los hombres y caen, y caen, y caen, abajo, terraplén abajo. Vamos a la catequesis, nos cuentan de otros niños. Sabemos que hay niños, y esas cosas que dicen. Pero no lo sabemos. Nos gusta el pan con algo de membrillo, y un vale, y luego el cine. Nos cuentan esas

cosas que se cuentan siempre, que cuentan las señoras, los curas, los maestros. A veces escuchamos. Es bonito escuchar. Pero al doblar esa esquina, no hay niños, ni bondad. La bondad que cuentan en la catequesis, es una cosa rara, de lejos, como el cine. Suponen que tenemos, que sabemos, que somos niños de esos que dicen, niños de verdad. Por Navidad tenemos, casi siempre, un jersey, un par de calcetines. Ellos se creen, quién sabe, que todo eso es verdad. ¡Qué risa, a veces, según qué día, según qué color, la catequesis! Nos gusta mucho ver caer los hombres, terraplén abajo, ¡rac, rac, rac, zrzgzrgzr zrgzrg! Nos sabemos los ruidos muy bien.



3 EL JUEGO DEL DESEO

Tenemos también un juego deseado. Un juego, por decir, que nunca pasa. Pero es un juego, que a veces nos reúne en la esquina o a los pies de la tapia, detrás de aquel solar donde una mañana encontraron un muerto. Suele ser este juego al caer de la tarde, con un sol muy redondo que se va. Casi siempre que viene este juego tenemos por el cuerpo hormigas y sudor. Viene el mayor y dice:

– *El maestro…*

Odiamos al maestro porque miente, porque dice que ama lo que también odia. Porque engaña, porque señala con un dedo como un

hueso los coches, los porteros de galones, los aviones, las fábricas, las señoras con bolsos de becerro. Odiamos al maestro porque dice:
– *Creed.*

Tenemos un juego deseado: deseamos coger al embustero, cuando se vuelve a casa, comiéndose las uñas, liando un cigarrillo, con el culo zurcido, a sorberse su sopa de realquilado. Le deseamos muerto, corroído, debajo de las ruedas del coche ese tan grande, azul celeste, que él señala siempre, cuando dice: – *Buenas tardes, Doña Consolación*…



4 CRUCIFIXION

Hemos oído decir: crucifixión. Lo hemos aprendido: crucifixión. Una palabra larga, rara, que pronto la aprendimos: crucifixión. Debajo de los puentes, uno solo, o en grupo, (a veces, a las tres de la tarde, casi es lo mismo), un chico escondido entre juncos, o un grupo de cuatro, cinco, o más: todos callados. En la hora del silencio, mirando entre los tallos, el viento, el polvo, el agua que salta de las piedras. (Ahora, precisamente ahora: los carros sobre el puente, el aire grita, el agua despide olor de ahogado. Ahora, cuando pasan los carros, y tiemblan las carcomidas piedras de la arcada, se oye claro, como una gota de agua en medio del

calor, el jadeo del perro atado al eje, con la lengua colgando.) Nos sonreímos, nos miramos con un ojo en la sien, (un ojo nuevo que nos brota de pronto, hacia la oreja) y sabemos decir cru-ci-fi-xión. Una palabra larga, comprendida, que resbala muy bien por entre el paladar. ¡Ay del perro pulgoso, de sus costillas de buque a medio hacer y de su piel! ¡Ay del perro, y del murciélago, de la rata aceitosa, del topo, del verde saltamontes, del gato ciego y el raposo herido! Vamos con estacas y clavos, teñidos ya de rojo, de verde cardenillo, para crucificar. Con piedras calcinadas, de machacar. Los clavos torcidos son dientes arrancados a los cajones destripados y secos, ya podridos, en el estercolero. Hacia el río, donde los vertederos, donde vamos nosotros a parar, con el aullido largo de los perros. Bajo el puente hay un eco distinto que devuelve las voces: las alarga hacia abajo, hacia la tierra oculta, allí donde sabemos decir: crucifixión. Y sale de la boca la palabra como una llama negra.



5 TENEMOS EL AGUA

Tenemos el agua. La tendremos mientras vayamos persiguiendo un surtidor. En el invierno es cortante, igual que las palabras. El agua es nuestra; pero la inútil, la perdida.

Ayer un chico dijo: – *Me voy*. Lo dijo así, aburrido; viendo cómo azotaba el agua al suelo, y salpicaba piernas, ojos, gritos. Se fue del agua así, sin más: se fue, (quizás a calles nuevas, a sus preocupaciones) y todos lo supimos: *ese, ha crecido de una vez.* Se acabó. Se acabó. Ya no le miran con ojos entrecerrados. Ya no dicen de él: *aún no lo admiten.* (La

fábrica, la tienda, el almacén, la fundición, la mina, el barco, el trigo, la vendimia, el horno...) Ya está admitido. De una vez admitido en la vida, tan llena de agujeros como la carretera. Se acabó el agua, el gran juego del agua. (Y empezar el agua otra vez: para beber, para lavar, para mezclar, amasar, y producir.) Pero a nosotros nos queda todavía, (¿hoy? ¿mañana? ¿aún, cuántos días?) todavía nos queda (con qué luz) el agua, el agua sólo.

fábrica, la tienda, el almacén, la fundición, la mina, el barco, el trigo, la vendimia, el horno...) Ya está admitido. De una vez admitido en la vida, tan llena de agujeros como la carretera. Se acabó el agua, el gran juego del agua. (Y empezar el agua otra vez: para beber, para lavar, para mezclar, amasar, y producir.) Pero a nosotros nos queda todavía, (¿hoy? ¿mañana? ¿aún, cuántos días?) todavía nos queda (con qué luz) el agua, el agua sólo.



6 EL JUEGO AGRIO DE LA ENVIDIA

Nos han dicho los jueves por la tarde: *la envidia es mala*. Pero es un juego fino como polvo, quemando, acariciando. La envidia nos agrupa al otro lado de la verja: en el barro, el limo, el cieno; el juego de la envidia se juega en grupo, siempre, como la cobardía. Al otro lado de la verja, se busca alguna rata muerta, algo podrido. Frutos que blanqueen de espuma al sol, manzanas roídas y tomates, o un manojo estrujado de amapolas parecido a un puñado de insectos desmembrados. ¡Que manchen, que se estrellen, contra todos los vestidos blancos!

El barro, el limo, los ciegos caracoles, aquel triste ratón atravesado y pegajoso, ¡qué amigos son, de pronto, por la envidia! Queridos y dolientes, amasados en el cuenco de las manos: ¡Zas!

Aquí, en la oscuridad, (la piel verde del agua encenagada) estamos los amigos, en este juego agrio, tras la verja, a donde llega, a veces (con el aire, con las voces) el raro olor de un juego muy lejano, no entendido, vago. (¡Qué mariconada, un traje blanco!) La envidia es mala los jueves por la tarde. ¡Allá va el barro, por entre los barrotes, a puñados!



7 EL JUEGO DE TODOS LOS DIAS QUE NO TIENE TRAMPA

Este de todos los días, es el peor juego, el más maldito juego. ¿Y mañana, y pasado, y el otro, el otro, el otro...? Nos lo sabemos todo, y ¿para qué? Somos nosotros, y mañana será otra vez mañana. Y nada más. ¡Si lo sabemos todo! No nos da miedo ya, estamos aburridos de jugar y nadie puede levantarse y decir: *He terminado*. Porque no hay trampa, y mañana es otra vez mañana. Hay que jugar.



8 LAS CUERDAS, LOS CUCHILLOS...

Se va por ahí con cuerdas liadas, vuelta a vuelta, a la cintura. Ninguno de nosotros va sin cuerdas ¿Quién no tiene una cuerda o un cuchillo...? Atar y desatar: cortar. Eso es corriente. Hay que apretar y sujetar, hay siempre que liar alguna cosa. ¡Si lo hemos visto desde el primer día! (También los hombres, las mujeres, andan el día entero con sus cuerdas: también van por ahí con sus cuchillos, sus navajas, sus hojas afiladas, saltando alguna cosa.) Por la noche, al dormir, las cuerdas se clavan en la carne, se siente lo duro del cuchillo en la cintura, en el costado: es como debe ser. Y a la aurora, en la piel, con ojos desvelados,

uno se ve rosados caminillos, pequeñas carreteras escarlata, donde se cuentan los nudos de la cuerda, los bordes de la hoja, el tibio dolor, duro y pegado. Tal como debe ser. Se necesitan cuerdas, claro está. Cuerdas que dejen callos en las palmas, que no duelan al fin, que sirvan siempre. Y los cuchillos: para partir, cortar, raspar, hundir, clavar, amenazar, lucir, brillar, ¡Quién sabe para qué! Tal como debe ser.



9 EL JUEGO DE LOS TRENES QUE NO TIENE FIN

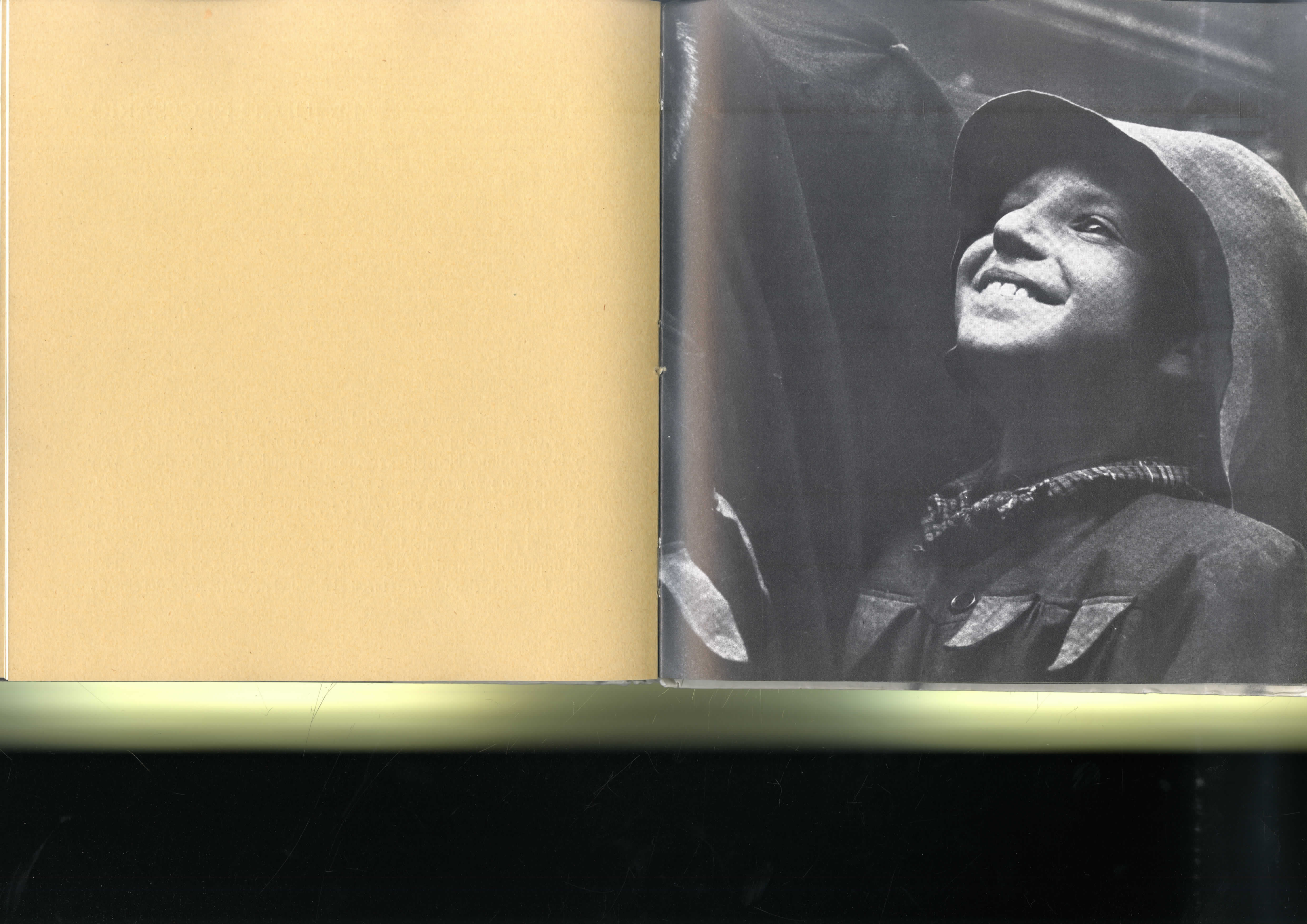
El inacabado juego de los trenes, va bien para las tardes malas: tardes de cicatrices. Uno ya sabe. Los trenes van pasando. Las vías queman. Duelen las cicatrices, o las heridas recientes, aún abiertas: no somos perros que se lamen debajo de los puentes. No nos gusta pensar en cicatrices, pero duelen. Y pasan los trenes por la vía negra, como si fueran ardientes barras de carbón al sol. En el inacabado juego de los trenes toma parte la rabia, el rencor, o acaso el odio. Si es odio este deseo de irse, de marcharse, de no volver a ver jamás aquella blanca cicatriz que le parte la barbilla al padre. Si acaso es odio el irse y olvidar el agua, el humo, los ladrillos,

el pan, los agujeros en la tierra, aquel pájaro que grita rodeado de alambres, entre rojos geranios, aquel banco de piedra por donde las hormigas trepan quién sabe con qué fin (como la firma a la entrada de la fábrica, las riñas, o las cañas, o los golpes). Allá va el tren, ahí va cercano: por la noche robamos un vagón cargado, buscamos mercancías debajo de las lonas, pasamos como sabias lagartijas. Ahí están el tren y las vías dañinas, donde una tarde aquel chico, se quedó roto: las piernas bonitamente rojas, las rodillas peladas, devoradas, hasta que lo taparon con un saco, como otra mercancía. Sería un bonito y descansado juego, este triste e interminado juego de los trenes, si uno pudiera escaparse en ese grito que de repente viene a cortar la tarde, el pensar, la vida, o quién sabe, algo como esa delgada cicatriz que parte la barba negra de aquel hombre. Ese grito del tren le hace a uno daño, y al mismo tiempo, parece que uno espera. (Dicen que al chico que se mató en la vía, lo llamaba aquel grito aquella tarde, y lo quiso jugar. Mala suerte.)



10 EL JUEGO NECESARIO

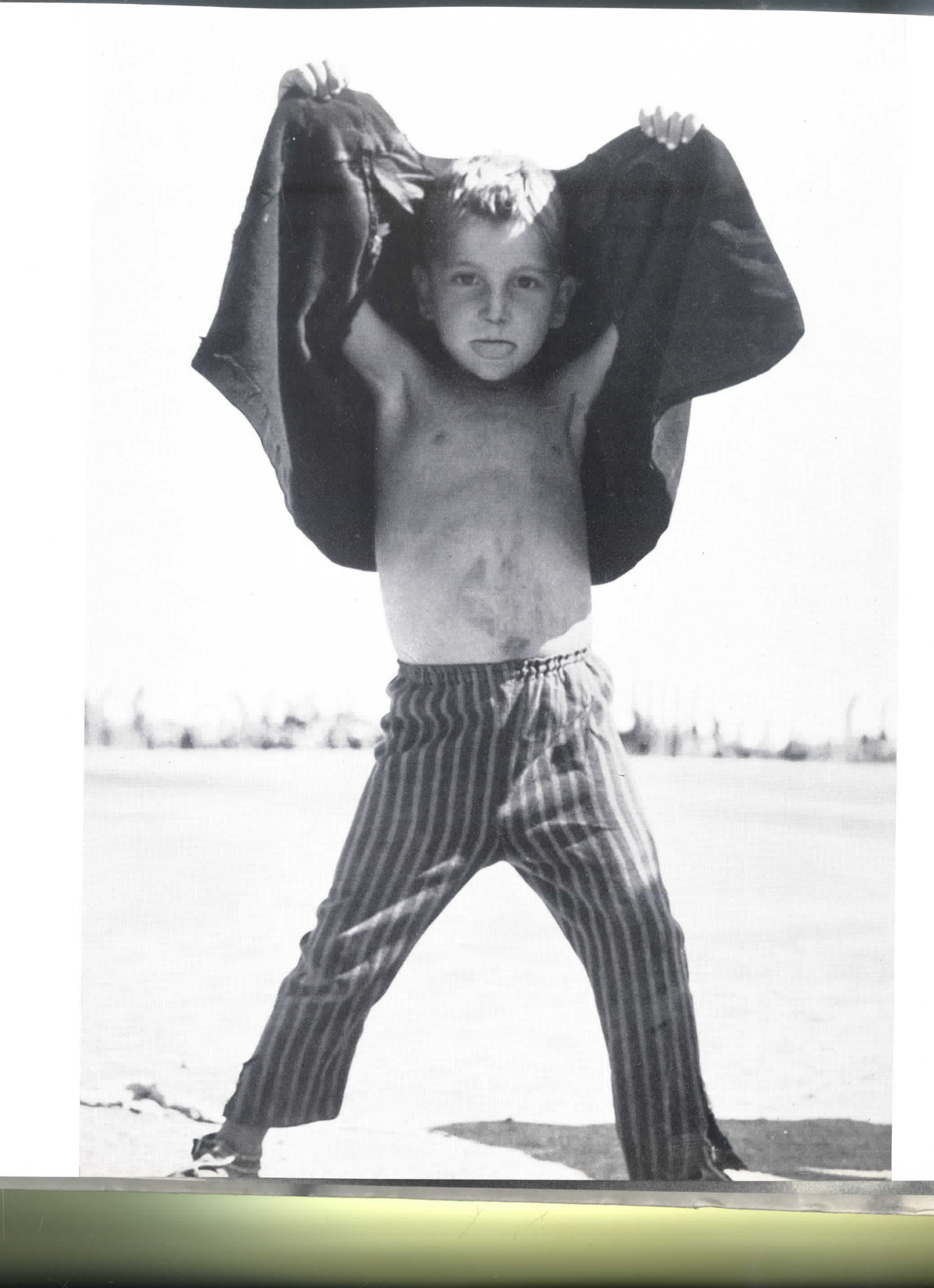
Es necesario, como necesidad es el comer o el dormir. Es necesario, a veces, para eso: para comer, dormir, vivir. Nos lo enseñaron pronto, y lo aprendimos bien. Si no, ¿cómo sería posible? La madre dice: – *Ve y cuenta esto y lo otro*. Vamos, y lo decimos. En otras ocasiones, por la cuenta nuestra, vamos allí, o allá, y repetimos la lección bien aprendida. Y este juego necesario, bueno, honesto, conocido, cotidiano, también lo juega el padre, la madre, la Mutua, el patrón, el perro, el administrador, el inquilino, el guardia y el tendero. Siempre, siempre, lo jugamos nosotros, los muchachos: es éste el fácil, el difícil, el necesario juego del engaño.



11 COGER UNA NARANJA

En el verano, por los alrededores del mercado, el polvo se levanta y va rodando igual que el sol, y va envolviendo en su pelota los despojos, y las pieles de plátano, ya negras, y esos jugos que van a lamer los perros: allí, donde nosotros resbalamos (perra suerte) y caemos (porque se afanó el monedero de hule negro donde había siete pesetas: un duro y dos pesetas, la una nueva, que crujía, la otra como mascada). Si hace calor en los alrededores del mercado, merodeamos los perros y nosotros. En los tomates podridos caen las moscas en enjambres, como pequeños cuervos. Y una vez había una abeja que iba de uno a otro, y brillaba al sol tam-

bién, con rayas negras y amarillas. Y todos, los perros, las moscas, la abeja y nosotros, estábamos (y estamos) siempre alerta. Entre mujeres que se enfadan y charcos de sangre y verduras podridas y quesos tiernos como recién nacidos, vamos nosotros y los perros, (y esos otros habitantes que son las moscas, y a veces una abeja). Pues, digo, este juego de los alrededores del mercado levanta ganchos del estómago, y esas doce pesetas, o siete, o tres, que estaban tan a mano (que vinieron solas casi), no son para que se las lleve el puerco hambre: son para una Coca-Cola, o un cine, o tabaco, o algo prohibido. Y digo que, a veces, ese juego de los alrededores del mercado es, al final de todo, sólo una cosa: coger una naranja, que se la lleva uno y la echa al aire. Redonda y luciendo mucho al sol.



12 EL JUEGO DE LOS ENEMIGOS

Por los estercoleros del acantilado van como nosotros, pero en viejo; con barbas y sombreros sucios, y sus ojos que recorren, como hormigas, una a una, todas las arrugas de sus caras. Nos da risa y miedo verlos. Tenemos miedo de ser así. Por eso les apedreamos, y nos reímos, y vamos siempre en su zaga, y ellos nos llaman golfos (y lo somos: ellos y nosotros). Pues, por los estercoleros van con ganchos y sacos al hombro y nosotros detrás de lo que ellos buscan, para quitárselo o quemarlo. A su lado crecen gordas las moscas y se vuelven azules, verdes, o (según les caiga el sol encima) hasta de oro. Pues, digo, por los estercoleros vamos

nosotros a escondidas, rastreando tras sus ganchos; aplastando cáscaras de huevo con el pecho, los codos y la tripa, con las rodillas mordidas en media luna roja por caimanes de hojalata. Y apesta la tierra, y apestan los zapatos sin suela, con los clavos al aire, y duelen y brillan, verdes, los culos de botella, mientras acechamos a los vagabundos. Y les apedreamos con ladrillos partidos, y trozos de azulejo blanco, y tacones de goma negra. Y les echamos encima los insultos y los perros. Y ellos levantan ganchos y garrotes y nos odian. (Nos odian porque somos espejos para ellos, y les odiamos porque son espejos nuestros.)

Y somos, digo yo, tan iguales, enemigos.



13 ASUSTAR

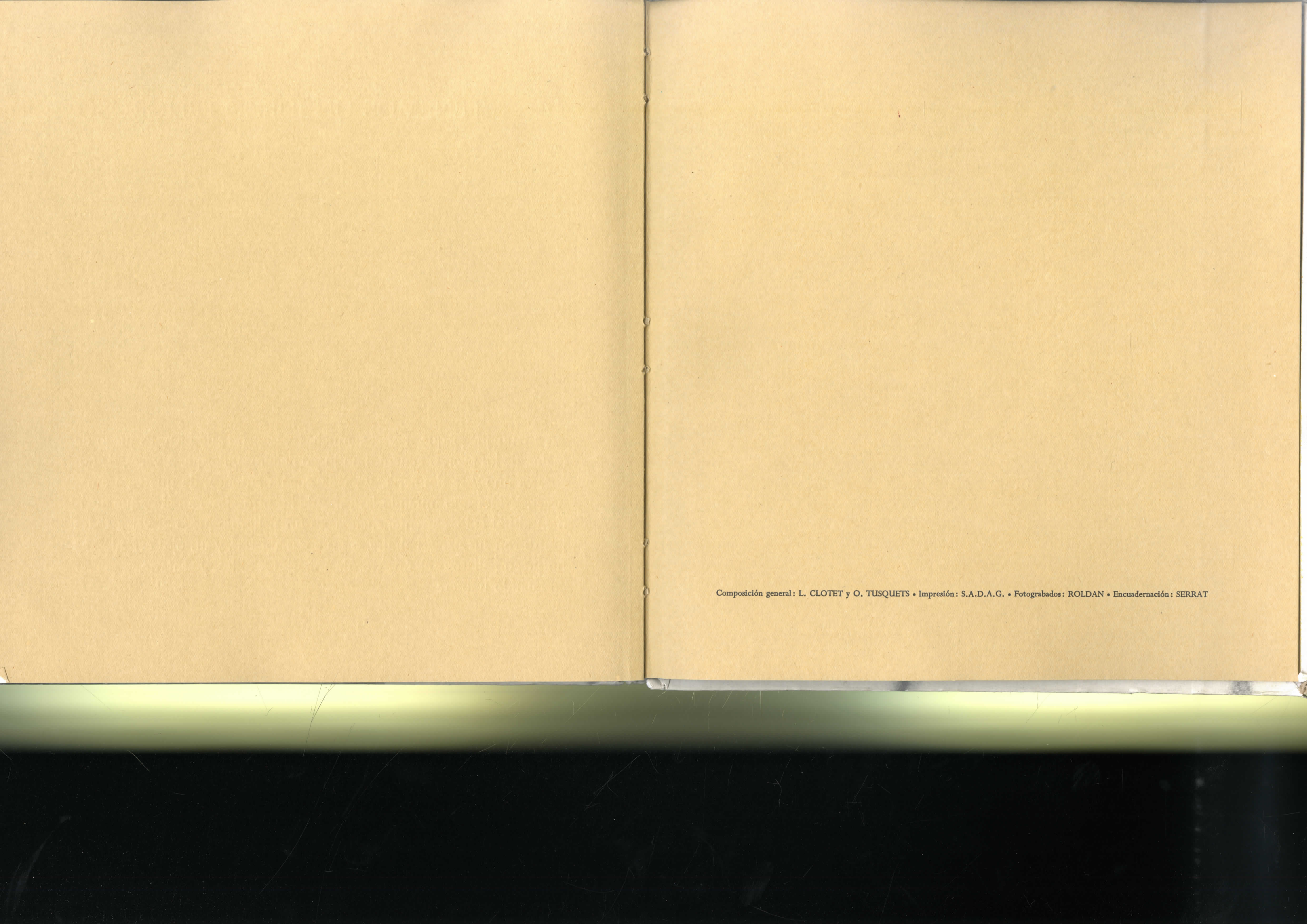
Puesto que todo es así (o hay hambre, o duele algo, o nos dieron de palos y estamos hartos, hartos, hartos, de todo y nada); puesto que todo es así, a veces, sin saber cómo, al volver una esquina a la que no solíamos llegar, aparecen los otros: esos de la ciudad y sus mujeres. Y entonces, si eso ocurre y pasan sus mujeres (nosotros no sabemos nada, nada, y lo sabemos todo, todo), pues se junta en el estómago como un nudo de arañas. Nos reímos muy alto, y vamos por ahí y nos desnudamos, diciendo lo que hace apretar el paso o denunciar. Y así, a veces, acorralamos y empujamos, y uno tras otro vamos con palabras y gestos. (Cuánto nos

gusta nuestra fealdad y suciedad y hambre, entonces.) Y dan todos los vientos. Y, como si fuéramos monos o ratones, asustamos a las señoras. Eso nos da algo que no solemos tener todos los días: no es alegría, pero se le parece mucho. Acaba uno corriendo, escapando, de los del mosquetón. No es alegría, no, pero se le parece mucho.



14 TENEMOS UN JUEGO PELIGROSO

Es un juego que a veces, muchas veces, no sale bien. Es juego de malos, de los peores. Tenemos un juego peligroso. Porque a veces, de noche, va uno y se despierta, y se da cuenta entonces de que va a amanecer. Y está uno mirando las caras de los otros, los gastados, que duermen ahí al lado, enfrente, encima. Es un peligroso juego el ver a todos juntos con sus panzas al aire, o sus bocas abiertas, y sus ojos cerrados. Es un juego peligroso el nuestro, de mirarlos a todos, y sentarse, y pensar en cuando uno crezca.



Composición general: L. CLOTET y O. TUSQUETS • Impresión: S.A.D.A.G. • Fotograbados: ROLDAN • Encuadernación: SERRAT